

# La Reina Leona



Érase una vez, en la sabana africana, una princesa leona llamada Nala que vivía junto a sus padres, los reyes Mufasa y Sarabi, y su mejor amigo Simba. Desde temprana edad, la princesa había demostrado no estar de acuerdo con las reglas que debía seguir, haciendo preguntas sobre lo que le decían que tenía que hacer: *¿por qué tengo que buscar a un príncipe azul? ¿Por qué tengo que casarme? ¿Por qué he de tener hijos? ¿Por qué...?*

Su tío Scar, ansioso por el trono, utilizó ese malestar de la princesa y trazó un malvado plan junto con las hienas para dar muerte a Mufasa quien, después de haber tenido una fuerte discusión con Nala, comió un poco de su cena envenenada por Scar y murió delante de su hija. Esta, asustada, intentó reanimarlo, pero no lo consiguió. Su tío, quien lo había presenciado todo, se relamió y se acercó, empezando así su actuación.

—Oh, Nala, pero... ¡¿qué has hecho?! ¡Has matado del disgusto a tu propio padre!

Nala negaba con la cabeza mientras lloraba.

—¡No! Yo no...

—¡Huye, Nala! ¡Te matarán! Yo me ocuparé de todo, ¡huye!

Nala, incapaz de pensar en nada más, salió corriendo, sin darse cuenta de la sonrisa de victoria que se dibujaba en el rostro de su tío Scar. Corrió con todas sus fuerzas, sin mirar atrás, alejándose cada vez más de la sabana, adentrándose en tierras que nunca antes había explorado.

Al cabo de tres días, vio en el horizonte lo que parecía una selva. Decidida, corrió hacia allí en busca de agua y alimento. Llegó a un estanque y empezó a beber, dándose cuenta de que justo a su lado había un facóquero y un suricato que la miraban con la boca abierta. Su estómago rugió de hambre y los dos animales gritaron, asustados, y buscaron un sitio donde esconderse.



—¡No me comas! ¡Cómetelo a él! ¡Sus jamones son muy buenos! ¡Grasa y carne de alta calidad! ¿Verdad, Pumba? – dijo el animal más pequeño.

—¡Por supuesto que soy de calidad! ¡Un momento! ¡Timón, tú lo que intentas es que me coma a mí primero y tú escapar!

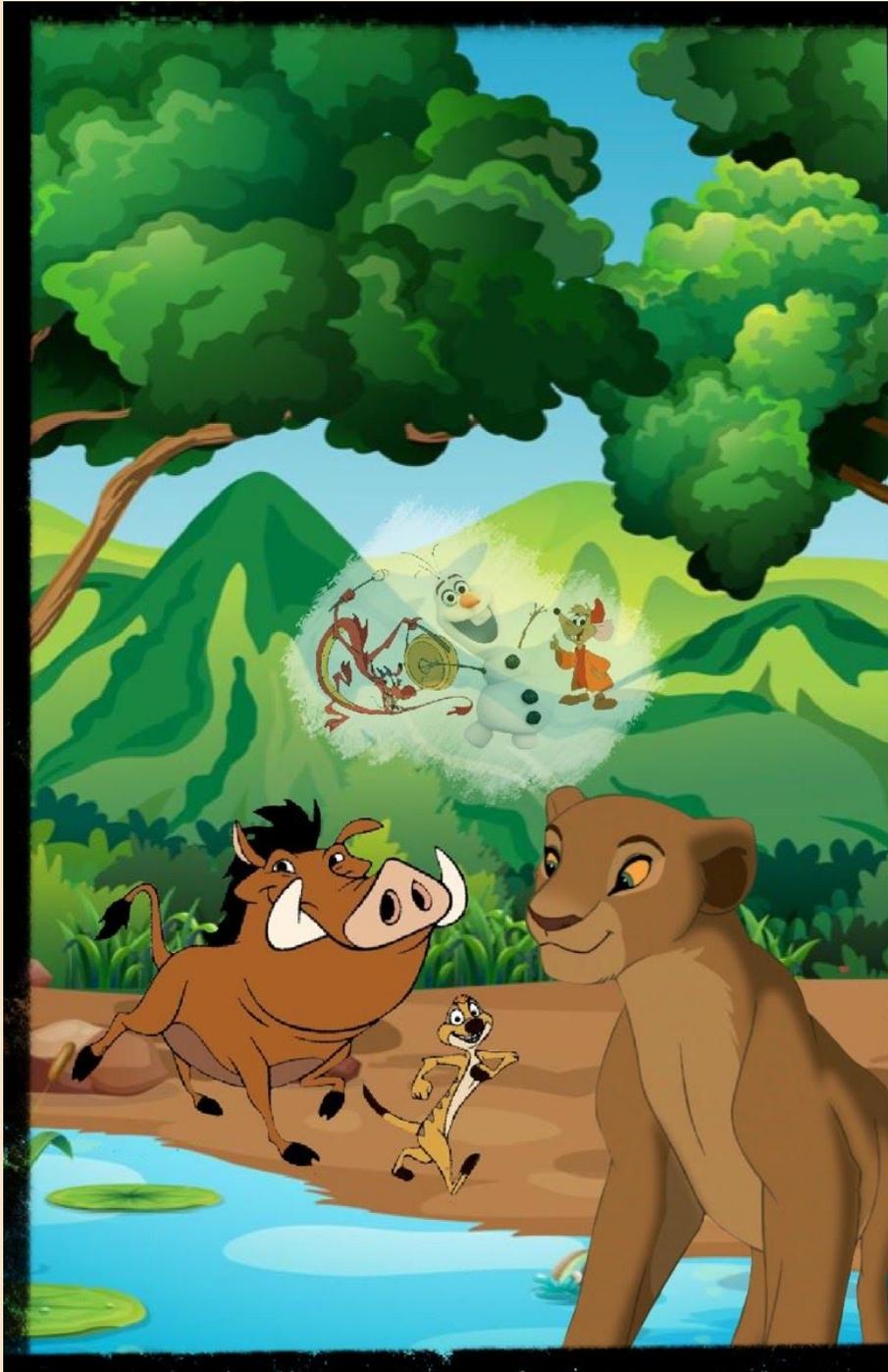
Nala quiso decir algo, pero solo pudo llorar. Era la primera vez que hablaba con alguien después de la muerte de su padre. Ambos animales, sorprendidos, se miraron. Se acercaron a ella, siendo un tanto recelosos al principio, pero al ver que la leona solo lloraba y no mostraba ningún ápice de querer comerlos, solo pudieron preocuparse por ella. Nala acabó contándoles lo que había ocurrido y cómo había tenido que huir de su hogar. Conmovidos por su historia y con las lágrimas saltadas, el animal más pequeño, llamado Timón, le comentó que se iban de viaje para que los tres sabios los ayudaran con un problema.

—¿Por qué no vienes? Te podrían ayudar a ti también – le dijo Pumba, el facóquero.

Así pues, empezó su aventura junto con esos dos animales, los cuales no volvieron a mostrar ningún miedo hacia ella, en busca de los tres sabios.

Llegaron al primer destino después de un mes. Se trataba de un palacio blanco enorme, con muchos jardines y fuentes de agua. Los tres se quedaron maravillados ante lo que estaban viendo. Ante ellos, había unos ratones que los miraban asustados, sobre todo por ver a una leona. Timón se acercó a ellos y les comunicó que estaban allí para hablar con el sabio.

Los ratones los condujeron a una enorme sala, donde un pequeño ratón vestido de rojo miraba un libro llamado *Cómo lidiar con Lucifer, el gato de la madrastra*. Al darse cuenta de que tenía invitados, lo dejó a un lado y los saludó. Jaq, que así se llamaba el sabio, les preguntó por sus problemas, por lo que Nala le contó todas las preguntas que habían conducido a la tragedia de su padre.



Jaq pensó en cada una de ellas y le habló de una chica llamada Cenicienta, quien había conocido a su príncipe azul y ahora vivían felices. A Nala no le gustaron sus respuestas y volvió a cuestionarse si pensar de forma diferente estaba mal. Jaq la observó y sonrió. Se acercó a ella y, sin apartar sus ojos, le dijo:

—Pero, ¿quién soy yo para decirte si lo que piensas está bien o mal? Todos afrontamos la vida de distinta manera, no tienes por qué querer a ningún príncipe azul.

Y, de esta manera, concluyó su primera visita con el primer sabio.

Siguieron su viaje. El siguiente sabio se encontraba en un reino de hielo. El frío calaba sus huesos, pero eso no impedía que Nala sintiese un deseo ardiente de saber qué le diría cuando le contase su problema.

Llegaron ante una enorme escalera que los conducía a un gran palacio construido de hielo. Los tres subieron los escalones con cuidado, resbalando más de una vez. Al entrar en el palacio, vieron que no había apenas nada dentro, solo un pequeño muñeco de nieve que se tocaba la nariz, la cual era una zanahoria. Nala pensaba que se habían equivocado, pero Pumba se acercó a él, avisándole de su llegada.

El muñeco de nieve, que se llamaba Olaf, los miró y sonrió, dándoles la bienvenida. Después de un rato en el que el muñeco les preguntó que si les gustaban los abrazos calentitos, que si tenían cráneo, etc, y que el único que contestase emocionado fuese Pumba, Timón los calló e hizo que Nala contase su problema.

Olaf escuchó con atención las dudas de Nala sobre si era necesario buscar un príncipe azul, casarse y tener hijos. El muñeco de nieve simplemente negaba con la cabeza y le contó la historia de Elsa, una reina que gobernaba ese reino y que no se había casado ni tenía hijos. Nala sonrió, contenta ante esas respuestas. Olaf se acercó a ella y puso su mano de madera sobre su pecho, diciéndole:

—Lo que realmente importa es lo que sientas aquí adentro. Siempre sigue lo que te diga el corazón.



Sintiéndose más feliz, se despidieron de Olaf y siguieron su viaje en busca del último sabio. Esta vez tardaron más tiempo en llegar, puesto que se encontraba en una tierra lejana, donde había una gran muralla que se usaba para defender todo ese territorio. Timón y Pumba le hablaron sobre ese último sabio, diciéndole que por mucho que dijera que era un dragón, era en realidad un lagarto, pero como era un tema muy sensible mejor sería no hablar de ello.

Con esto en mente, llegaron al patio trasero de una casa donde había un pequeño templo de color rojo. Al entrar, se encontraron con el sabio tocando el gong y con un grillo a su alrededor que daba saltitos. El dragón no paraba de quejarse porque seguía tocando ese instrumento, incluso después de haber salvado China junto a Mulán. El grillo hizo algunos sonidos y se giró, dándose cuenta de que habían llegado invitados. Los miró a los tres de arriba abajo y Nala, sin poder evitarlo, preguntó si de verdad era un dragón.

—¡Por supuesto que soy un dragón! ¡El gran Mushu! Yo no hago eso con la lengua – acto seguido, la sacó, imitando lo que hacen los lagartos.

Sin perder más tiempo, Nala se acercó, emocionada por conocer a un dragón de verdad. Le contó lo mismo que a los dos otros sabios. Mushu miró al grillo, el cual se acercó a la leona, brincando a su alrededor. Todos esperaban la respuesta del sabio, quien se cruzó de brazos y suspiró. La volvió a mirar y le dijo que nada de eso importaba mientras ella fuera feliz, puesto que la felicidad no implicaba para todos lo mismo. Tenía que seguir su propio camino para llegar hasta ella.

Nala había conseguido hablar con los tres sabios. Todos ellos habían despejado sus dudas y le habían hecho ver que no estaba equivocada por pensar así. De este modo, volvieron a la selva, donde se encontraron a Simba, el amigo de Nala, que le comunicó que en realidad Mufasa no había muerto, pues había descubierto el malvado plan de su hermano y cambió la comida. Fingió su propia muerte delante de ella para alejarla de cualquier mal que pudiera hacerle Scar.



Nala corrió de vuelta a casa, junto con Timón, Pumba y Simba.

Al llegar se encontraron a Mufasa y a Scar peleando. Este último la miró, sorprendido, pues no esperaba su regreso. Con temor de que esta vez sí pudiera perder a su padre, se acercó a ellos, dispuesta a ayudarlo. Sin embargo, Zazú, el mayordomo de Mufasa, no se lo permitió. Aturdida, lo miró y este solo sonrió mientras le hacía un gesto a Scar para que atacase al rey.

Nala se abalanzó hacia ese pájaro traidor, pero no logró pillarlo. Escuchó el grito de su padre y miró, dándose cuenta de que Scar le había mordido una oreja. Aterrada, corrió hacia ellos, acompañada de Simba. Zazú intentó detenerla, pero Timón y Pumba lo detuvieron. Su padre, que había sufrido más heridas, intentaba quitarse de encima a Scar, pero no podía.

Nala saltó sobre Scar, alejándolo de Mufasa, quien consiguió levantarse gracias a Simba. Su tío le recriminó cada una de sus acciones, de sus dudas, pero ya nada de lo que le dijera podría hacerle sentir mal.

De este modo, Nala volvió a saltar sobre Scar, cayendo este bocarriba, con la zarpa de su sobrina sobre su cuello.

—El juego ha terminado – dijo Nala, mirándolo a los ojos.

La batalla terminó con Scar detenido, junto a Zazú y las hienas que lo habían apoyado. Mufasa, con heridas no muy graves, le dijo que había demostrado tener todos los requisitos para ser una reina, siendo ella misma con sus ideales y demostrando que era capaz de ser la indicada para proteger el reino.



De esa manera, Mufasa viéndose incapaz de poder seguir reinando por el gran desgaste que le había supuesto la batalla y lidiar con los severos intentos de asesinato por parte de su hermano, decidió pasarle el relego a su hija. Por su parte, Scar se dedicó a cantar en la cárcel junto a Zazú. Ambos se convirtieron en un dúo bastante famoso y aclamado.

Y así fue como Nala se convirtió en reina, siguiendo sus ideales, y consiguiendo que su reinado fuese igual de próspero y seguro que el de su padre.

¡Ah! Por cierto, si te preguntas sobre el problema de Timón y Pumba, déjame decirte que eran los problemas de gases de Pumba. Ninguno de los tres sabios pudo darle una solución.

# FIN